

Mi paisaje biodiverso: Crónica de un encuentro en el Medio Querido

Cronista Diana Alvarez

Recuerdo a un compañero del Departamento de Biología que solía bromear diciendo que éramos la única Universidad con un Decano del Medio "Ambiente". chiste de biólogos! Con ese sesgo biológico que no me abandona, me atrevo a asumir el reto narrativo de dibujar con palabras lo que vivimos en el Centro Javeriano de Formación Deportiva cuando "Conversamos sobre el Medio Querido". Fue como contemplar un paisaje del campus: cada integrante del grupo apporto ideas y vivencias que me hizo imaginar un lugar compartido, como si estuviéramos reconstruyendo un ecosistema hecho de memorias, afectos y significados.

A media mañana fuimos llegando, en calidad de facilitadores, cronistas y participantes; algunos, como yo, estrenando rol y nerviosa por lo que ocurriría. Con el café caliente entre las manos, admirábamos los imponentes ventanales del Coliseo. Los sonidos se entremezclaban: las indicaciones de los organizadores, los saludos de los asistentes. Podía identificar estudiantes inquietos, profesores circunspectos y atentos administradores. Nos fuimos sentando en las graderías del coliseo para recibir las orientaciones, luego de disfrutar una deliciosa arepa javeriana.

Las palabras iniciales clarificaron los roles, nivelaron las motivaciones y alinearon el espíritu del encuentro: debíamos conectar con aquello que experimentamos como el Medio Javeriano. Así fuimos llamados a nuestros círculos de conversación, con instrucciones precisas para hablar, escuchar y hacer silencio desde la dimensión del corazón -más allá del trámite práctico de las subsiguientes horas.

El grupo amarillo estaba conformado exclusivamente por mujeres: en su mayoría ocupaban cargos administrativos en distintos contextos de la universidad, acompañadas por una estudiante y una egresada. Una mezcla cuidadosamente intencionada, reunida en torno a una agenda diseñada para evocar ideas y experiencias dentro de la Javeriana.

Para mí fue un verdadero reto observar, escribir y no responder a las preguntas ni a las invitaciones a reflexionar que hacia

la facilitadora. Ahora, mientras escribo, comprendo el valor del silencio y la observación atenta. Mi mente regresa a ese instante a través de mis notas, y la crónica empieza a emerger. En solitario, le sonrío a la pantalla del computador mientras las palabras van tomando su lugar en los párrafos de este texto.

A partir de la referencia inicial -el lugar favorito en el campus- que compartieron las ocho mujeres del grupo amarillo, encontré un denominador común: espacios que invitan a la reflexión, permiten apreciar el silencio, sentir la naturaleza y percibir el paso tranquilo del tiempo. El más evocador fue el camino al apiario, descrito de manera preciosa con libélulas que vuelan en el camino, ¡ya quiero ir a verlas!

Y no podía faltar uno de los tesoros del campus: un lugar para ver atardeceres bogotanos, la terraza del piso 14 del edificio de Ingeniería. Así que, mientras escribía, busqué mentalmente un lugar compartido que las reuniera: en la parte trasera del edificio Pablo VI, las imagine sentadas en las bancas, entre los altos urapanes, con vistas a las oficinas del Instituto de Salud Pública y, al fondo, el nuevo Edificio de Ciencias.

Inmersas en el paisaje javeriano, entre la lectura sin afanes y una música de fondo deliciosa, comenzó a notarse la interacción de cada una de ellas con el papel: resaltaban frases, miraban por los ventanales, se escuchaba el sonido suave del pasar de las páginas leídas.

En la primera ronda de reacciones ante la lectura, comencé a recoger los frutos de las experiencias de estas ocho mujeres. Escuche palabras maduradas por años en la universidad: referencias casi poéticas sobre "habitar la universidad" y sobre como el medio no es letra muerta, sino el sentido de lo que hacemos.

En esa misma línea, otra intervención -también forjada en la experiencia- evocó una historia emocional donde la vida laboral se va tejiendo con la vida familiar, dentro y fuera de la Universidad. Identifique entonces estos dos aportes como dos altos urapanes en nuestro lugar compartido.

Luego llegaron las voces jóvenes, que se sentían como el cielo azul: hablaban desde la cotidianidad de haber crecido en la Universidad, desde ser pasante a trabajar aquí. Sus palabras destilaban amor y cariño. Y lo que parecía ser la voz externa de una egresada, reflejó lo bien que nos conoce. Nos recordó

que el Medio no son sólo los centros, sino la acción común de todos nosotros. Su voz era una brisa suave que movía las ramas de los urapanes en nuestro rincón detrás del Pablo VI.

De otra voz joven que compartió muchas vivencias; como estudiante, luego egresada y ahora trabajadora de la Universidad, sentí su energía que me hizo pensar en un copetón -que trina alegremente de un sitio a otro-. Nos regaló esta frase maravillosa: "Acá todos cabemos, la diversidad es bienvenida en esta Universidad".

Y, claro, yo -observadora- ya me sentía emocionada con mi paisaje biodiverso Javeriano. En dos reflexiones breves, percibí memorias poderosas, amor y gratitud. No podía dejar de pensar en las flores purpuras de los agapantos, que silenciosamente nos acompañan en las jardineras entre los urapanes.

En el último momento, una voz que me llevo a imaginar ese sitio desde donde se contempla el paisaje: una gran roca donde uno se apoya respira y descansa sin dejar de observar. Mi paisaje tenía un último elemento: una voz tímida, muy joven, que me hizo pensar en un mamífero, rápido e ingenioso. ¡¡Era nuestra estudiante del grupo amarillo!! Así quedo configurado mi paisaje, detrás del Pablo VI.

Quien nos guiaba en esta conversación nos llevó de vuelta a nuestras realidades: a las unidades académicas, a las identidades propias de los grupos humanos de los que pertenecemos. El objetivo era que cada una pudiera verse reflejada en lo compartido hasta ese momento.

Pero entonces apareció una nube gris: un silencio incomodo se instaló en el círculo. Hasta que uno de los urapanes nos regaló su sabiduría organizacional. Nos explicó que la cultura javeriana es, ante todo, relacional: que eso se refleja en las amistades para toda la vida. "*A la Javeriana venimos a vivir, no solo trabajar*", dijo.

Y entonces, llegó el copetón, jugueteón, para compartir que no puede superar la obsesión por la Javeriana, que lo vivido en otras instituciones no se compara con lo que aquí se experimenta, dentro y fuera de las aulas.

Estas palabras llenaron el espacio de un calor emotivo, de sonrisas de identificación. Después, otro silencio nos envolvió -esta vez más sereno y reflexivo-. Nos conectamos de muchas

maneras: ya no importaba la edad, ni la experiencia, todas se sentían acogidas por el espacio de nuestro círculo amarillo.

Ante la invitación para mover la conversación hacia lo que queríamos del medio -como un llamado a la acción- las voces comenzaron a entrelazarse, cargadas de emoción y llenas de ideas en forma de preguntas. Se sentía como el movimiento de las nubes cuando dejan pasar la luz del sol: ya no importa desde que elemento del paisaje venían los aportes, porque todo se mezclaba.

Surgió, por ejemplo, la frustración de intentar llegar a los 22.000 estudiantes de la Javeriana. Era como si los urapanes se conectaran entre sí, pero los estudiantes pasaran sin enterarse. Se señaló que, aunque las redes sociales son el canal natural de comunicación, desde fuera de la Universidad el Medio universitario no resulta tan llamativo.

-¿Y si usamos los huecos de los estudiantes cuando estén desparchados? -pregunto alguien.

Emergió entonces un recuerdo maravilloso: estar jugando rana y enterarse, así casualmente, de actividades del Medio. Entonces saltaron más preguntas: ¿por qué no visibilizar esa y mil historias del medio cotidiano? Ese Medio que vive quien transita el campus y el que ocurre en las aulas.

Propuesta: sacar esas historias al exterior, compartirlas en redes sociales para que el espíritu del Medio javeriano contagie más allá del campus. Incluso, una forma de evidenciar su impacto sería recoger relatos de los *neo-javerianos*: quienes recién llegan y están descubriendo ese "modo de habitar".

También se podría ir al otro extremo del espectro: documentar los rituales de conexión humana en las oficinas de administrativos y profesores. Así podríamos registrar esa dimensión integral que tantas veces se nos escapa entre lo urgente y las agendas saturadas.

En medio de esta fluidez de ideas y emociones, convergimos en algo claro: necesitamos volver el mensaje del Medio simple, memorable y capaz de recordarnos cuál es ese *modo javeriano*. Se podría priorizar el encuentro presencial como una excusa para reconocernos, para que de ahí emerjan nuevas experiencias, que luego se multipliquen en historias del Medio Javeriano.

Y entre tanta efervescencia, apareció uno de los grandes agentes multiplicadores: los profesores, con su superpoder de tocar, simultáneamente, a decenas de estudiantes en cada clase.

Luego del último silencio -ese en el que se aquietan las emociones y el clima se siente sereno-, cada parte de mi paisaje biodiverso comienza a organizar en su mente, y su corazón, lo que se lleva de la conversación. Es como el caer de la tarde. Mis dos urapanes se rozan las ramas en gesto de gratitud, por ser testigos de los caminos de crecimiento humano que florecen en sus equipos de trabajo.

En el cielo, la luz azul del final del día nos recuerda que el acompañamiento es ese espacio valioso que no nos deja desistir, y que nos da motivos para seguir. La brisa suave se despide con cariño, prometiendo seguir observando desde fuera.

El copetón, juguetón como siempre, piensa en quienes formamos la comunidad javeriana y deja un "todos somos valiosos" al posarse junto a los agapantos. Nos invita a preguntarnos si realmente conocemos todas las posibilidades que nos ofrece el Medio.

Y a esta hora, cuando la luz se va, también se despide la mamífera. Agradece a los administrativos por hacer posible los espacios de crecimiento que todos podemos disfrutar. Al retirarse, pasa junto a la roca -esa que tanto valora el encuentro presencial- y se detiene a contemplar los matices de los distintos puntos de vista que compartimos en el nuestro círculo amarillo.

Tras una ronda simbólica en la que nos pusimos las manillas de "El Medio Querido", cerramos el espacio apreciando la escucha viva, el reconocer con el corazón y confiar en el otro. Nos despedimos con la esperanza de que las semillas de esta conversación seguirán germinando en cada una de nosotras.

Con esto termino mi encargo: escribir una crónica a mi estilo biológico, reviviendo un tiempo precioso que me permitió observar con el corazón para plasmar con palabras un momento en la historia viva de la Javeriana.

